



Por Carlos Santander
(primer premio)
Dibujo de Nelson Leiva

La Reina de la noche

Y luego el canasto sobre la cara para evitar que la luz de la luna se le viniera encima como una sábana, como una mortaja, cubriendo un frío que la hiciera —de tenerlos— dar diente con diente y también esa

terrible sed que le agrietaba la lengua, que le llenaba el paladar de grumos secos, pegajosos, que le dolían como perlitas en el suave y mucoso interior de la boca. Por si acaso, serviría el canasto como celada,

porque un movimiento cualquiera podría echar sobre su cuerpo la leña encastillada hasta topar las fonolitas. De suceder esto, aun herida y machacada podría respirar por sus intersticios. Para no morir. Para



no morir físicamente, al menos. Flaco su cuerpo, más flaco todavía dentro de esa ropa sucia, ancha y tan larga porque era de desecho ("esto era de mi suegra —le había dicho la señora— recibala por favor" y

la caridad se hizo y ella, agradecida, sacó dos manzanas de su canasto y que Dios se lo pague, esto es para el niño) quería calor, calor y agua para apagar el hervidero de las tragaderas y el vacío ardoroso de las

tripas. Sentía que la sangre no circulaba por sus piernas con el traqueteo debido y que estaba peligrosamente helándose, muriéndose de arriba a abajo, que sí la cabeza le zumbaba dolorosamente en las sienas y en

sigue en pág. 169

La Reina de la noche



viene de pág. 93

la nuca como si fuera una raja de leña aceptado el hachazo sin amortiguación, sin resistencia. Para qué hablar del corazón y su ritmo de fox-trot que la hacía boquear cual pez asfixiado e hipar después por ese aire seco, acuchillado, frío, que, sin embargo, reseca el musgo blanco, ardiente, de su boca. De abajo a arriba también, se extinguía por el lado de los pies, pero estallaría por las cumbres, de no moverse, de no tomar algo, siempre que no fuera agua mortal, porque en este caso sí que se moriría indefectiblemente, como el chichero, el borracho aquel, el de la otra vez que estuvo presa, que no alcanzó a vaciar el jarro antes de encogerse, estallar y morir.

¿Si hubiera un pozo de chicha en ese patio de chicheros! Charcas, agua empozada desde la última lluvia era lo único que había. Nada que viviera realmente, porque así como ella se moría de hambre y sed, de sed y frío, otros bultos del patio a lo mejor ya estaban muertos y los quejidos que de pronto se escuchaban no eran sino dolores de ánimas en pena, en pena y sed del último vaso que no alcanzaron a tomarse. Y ella se movería, de transformarse en ánima, como una sombra de mil brazos, en cada mano una jarra de chicha espumante, chorreante, por los patios de chicheros de todas las prisiones y repartiría el líquido a los labios sedientos haciendo comulgar la muerte con la vida, estableciendo un puente de chicha entre todos los mundos y nadie moriría así ni los muertos ni los vivos y los bultos no se quejarían entre el cascajo y las astillas, en los rincones húmedos y penumbrosos de un patio de cárcel, entre vigas abandonadas, catres viejos, cocinas y calderas en desuso, mohosas, destitantes, licoando su herrumbre. Si fuera un ánima no sería chatarra de carne y

huesos podridos ni una vieja miserable, antigua vendedora de manzanas, limosnera casi, obligada al caer de las tardes a beberse venta y limosnas para dormir donde sea, en un portal oscuro, en un rincón de un puente, cuando no tiene la suerte de encontrarse con ese otro viejo borracho, Estanislao, que le hace la fiesta, la polotea, le dice hermosa y le canta sin dientes adonde-vas-mi-linda-Domitila y ella con el canasto al brazo, tomada coquetamente una punta de la falda, la cabeza sobre un hombro, entornados los ojos, casi en un suspiro: después de este vaso de chicha adónde quiere llevarme usted y el hotelito Boston los espera con sus catres de internado, sus sábanas de sacos de harina, sus chinches y sus pulgas y la tibieza de dos cuerpos que duermen como las cucharitas en su caja, uno encajado en el otro y nada más que la tibieza porque al viejo no le alcanza para más, que no tiene otro calor que el del vino y la inercia de estar vivo.

Y no habría razón para querer vivir si no fuera porque el cuerpo es una masa distinta de su alma así como los pies, los dedos de los pies, en una actividad que el resto del cuerpo no posee, se agitan y revuelven contra su mortaja de cuero roto y húmedo y tratan de soltarse, desprenderse, independizarse de lo que amenaza ser definitivamente yerto, de las oleadas de muerte que bajan desde arriba, desde un tronco que no opone resistencia y por eso se mueven, se encabritan, quieren irse a vagar solos, a galopar lejos, como caballitos de un trineo inexistente, verdaderamente dedibundos, hacia un horizonte que no sea de hielo, donde galopar eternamente, aunque sólo sea, pero galopar a toda carrera, sobre un punto fijo.

Porque ella no quiere abandonarlos,

porque con ellos se gana o pierde la vida en un comercio trotabundo de manzanas y porque la asaetan —y más sed y más frío— los mil puntos de luna que se filtran por los huecos diminutos del canasto, se yergue, aunque le suenan los huesos, y da un paso y otro, agachada, dolorida, artrítica y contornea las charcas y la seduce el afán de inclinarse sobre ellas y encontrar en ese fondo casi infinito su cara y su perfil obscuro.

—No puedo ser tan fea, se dijo en voz alta cuando logró contemplarse y definir su rostro barroso contrastando con un halo de luna. Con la punta del pie, movió el agua. La imagen tremulaba, borrándose, cuando de pronto escuchó que alguien se quejaba en algún rincón del patio. Miró hacia allá. Un bulto obscuro se daba vuelta sobre sí mismo. Movió la cabeza compasiva, alerta. Todo era silencio. Entonces sintió de repente que su cuerpo daba un alarido de vida, que la carne y los huesos exigían otros límites menos miserables que su cuerpo, que ella entera tendría que hacer algo, dar un paso, dos, saltar, brincar, estallar en medio de la noche, a la luz de la luna, empaparse de agua y tierra, ascender desde las charcas y la chatarra hasta un punto en que se sintiera no aislada, sino solidaria; no fea y barrosa, sino bella y blanca y buena y saltarina.

Miró la poza. Ella y la luna. La luna y ella. Con ternura entonces, con emoción rara, se inclinó y dijo, casi orando: ¡Bonita!

Ya pudo correr hacia el galpón, asir el canasto, volver a la poza y enfrentarse a la luna de nuevo para decirle: espera, mira, también yo y pasar la cabeza entre el asa y el fondo del canasto y cantar que ese canasto podía bien ser

sigue en pág. 171

La Reina de la noche



viene de pág. 169

su corona y ella por qué no, como la luna, la reina de la noche. Entonces, con gesto lento, un brazo al aire y luego el otro y una pierna doblándola en la rodilla y el otro brazo por sobre la cabeza encasquetada y un paso y otra pierna y otro paso perdiendo casi el equilibrio por tratar de hacerlo en la punta de los pies y ya salta y brinca tan alada, tan torpemente alada que le duele su más intención que movimiento y que se dobla y yergue y que tropieza y vuela brazos al aire jugueteando con los dedos como entumecidas castañuelas y la cabeza rígida a causa del canasto y así recorriendo el patio, repartiendo besos por los rincones a los bultos con la punta de los dedos a los bultos y a la luna porque para ellos es el movimiento increíble de las piernas, de los ojos semicerrados, de los brazos, de todo el cuerpo que parte hacia todos los rincones hacia arriba, hacia abajo, hacia los lados, con la sangre nuevamente tibia y la respiración a boca llena zozobrando en medio de piruetas y corcovas de rebotes y saltos. Hasta que la interrumpió un nuevo grito, un casi estertor de resumió.

No entendió al comienzo. Hasta que alcanzó a adivinar entre las sombras la contracción de las manos hacia la garganta y el pecho. Corrió al lugar, al momento en que el hombre con la cabeza recogida hacia el estómago, caía al suelo. Ella se inclinó sobre él, indecisa, tímida, para verlo de más cerca. Trató de moverlo, de ponerlo cara arriba, pero la asustó la sangre de un lado de la frente. "Se dio en la viga", pensó.

Con sus manos apretadas a la altura del pecho, como una monja consternada, miró la pálida cara del hombre, sus ojos sin pupilas, su barba rala y sucia, su cue-

llo desnudo cubriéndose de sangre. La apretó la angustia y sintió deseos de llorar, sin poder, sin poder, sin embargo, a causa del hombre allí yacente, como una viga más de destino impreciso, con espuma en la boca, y a causa también, vagamente, de que ella era una chichera y él era un chichero. Llevó su mano a la boca, a su propia boca, temerosa de encontrarla espumada. Estaba seca: los labios helados, con un releje de luna. Recordó la torre. Corrió hacia allá. El vigilante no se veía. Estaría dentro de la garita.

—¡Mi cabo! ¡Mi cabo!, gritó sin fuerza, tímida, hacia la obscuridad de lo alto. Escuchó. Le percutía el corazón, aceleradamente. Un murmullo de hojas, allende el cerco, en el patio arbolado de una casa vecina. Un motor lejano. Y nada más. Ni un ruido desde arriba. Se desesperaba.

—¡Mi cabo!, voceó, decidida.

Se sobresaltó con la repentina respuesta:

—¡Qué quieres, vieja!

Escrutó. Una sombra más oscura que la sombra. El vigilante forrado al parecer en su manta de castilla.

—¡Allí hay un hombre muerto, mi cabo! ¡Tiene sangre!

Quería decir más, pero no veía a nadie allá arriba.

—¿Tiene espuma?

—Sí, mi cabo.

—¿Debe haber tomado agua!

—¿Qué hacemos, mi cabo?

—¡Andate a dormir!

—¡Véalo, por favor!

—¡Y quieres que deje el puesto? ¡Andate a dormir y no jodas!

Volvió con lentitud, haciéndole el quite a las pozas. El hombre resollaba. Se hincó a su lado. Hedía a sudor, a mugre,

a vino revenido. Y respiraba a borbotones, ruidosamente. Hurgó en la obscuridad para encontrarle el cinturón y desatárselo. Solo encontró una cuerda, atada por un nudo. Le dolieron los dedos en el trabajo de deshacerlo, pero lo consiguió. Enseguida fue a una poza cercana y enjuagó un trapo sucio que le servía de pañuelo. Con él trató de lavar la herida y contener la hemorragia. Aplicaba el trapo por los contornos de la llaga y por los hilillos de sangre que seguían hasta detrás de la oreja y el cuello. También la base de la nariz, el entrecejo. Trataba, también, lentamente, con temor, de aplacar la herida misma. Pero el hombre apretaba los dientes. Ella supuso que era de frío; pero no tenía qué quitarse. Recorrió entonces el patio, reconociendo los lugares en que dormían los demás chicheros, todos encogidos, fetales. En un rincón, encontró a uno con un abrigo viejo. Trató de despertarlo, para explicarle. El hombre refunfuñó entre dientes y encogió las piernas para seguir durmiendo. Entonces ella trabajó por el abrigo. Lo sentó. Le sacó una manga. Luego la otra. Cuando lo hubo conseguido, le dio unas rápidas y suaves palmadas de cariño y lo dejó allí, en su sopor de ebrio. Cubrió al herido y se lo quedó mirando, largo rato, con ternura.

Fue entonces que le vino el gran miedo, porque le empezó a espumar la boca granulosa, y a sentir un frío desconocido, y un sudor que no era el suyo, y un palpar siniestro del corazón, como si le fuera ajeno y un creerse distante, lejano, no ella, y fue entonces que dio el gran grito, el último grito, entre convulsiones que trataban de encontrar la luna que espumaba en la boca del chichero. ◆